

Las paradojas del nuevo Partido Democrático de Europa



TONI COMÍN

La posible creación de una nueva formación europea nace de un debate político en Italia

Empezaba mi artículo de marzo diciendo: “En la izquierda italiana, se intercalan estos días dos debates complementarios, tan necesarios como apasionantes. Por un lado, está el debate de los intelectuales y los filósofos a propósito de la ofensiva ratzingeriana contra el relativismo”. El segundo de estos debates es el que ha dado pie a la constitución, este abril, de un nuevo sujeto político: el Partido Demócrata (PD). Sin embargo, desde marzo hasta aquí, el debate sobre el PD ha dejado de ser estrictamente italiano para convertirse también en tema de controversia aquí, gracias a las reflexiones que sobre un futuro Partido Demócrata Europeo (PDE) ha hecho en público el ex presidente de la Generalitat, Pasqual Maragall. Lo cual añade, sin duda, todavía más interés a la cuestión.

Nace el PD italiano de la fusión orgánica de dos espacios políticos: por un lado, los democristianos de izquierdas, que después de la opa berlusconiana

al espacio histórico de la democracia cristiana, se refugiaron en la Margarita, y que tienen al primer ministro Prodi como máximo referente; por otro, los ex comunistas del PCI que, después de múltiples reconversiones ideológicas y estratégicas, respondían actualmente al nombre de Demócratas de Izquierda (DS), con D’Alema, Fassino y Veltroni al frente.

El debate que ha rodeado al nacimiento del PD ha sido de una altura considerable, como es de costumbre en el país vecino. Pero la apuesta tiene sus claroscuros. Este nuevo actor político no hace sino culminar una vieja tradición italiana de diálogo entre la cultura laica de tradición comunista y el cristianismo social. Tradición que arrancó con el compromiso stórico de Berlinguer y Aldo Moro —compromesso abortado, no lo olvidemos, por medio de un magnicidio— y que luego renació décadas más tarde en el Olivo. El PD es, de algún modo, la conversión en un único partido de las familias políticas que el Olivo ya juntaba en una fragmentada coalición.

Los nietos de don Peppone y don Camillo por fin se casan definitivamente. ¿Qué es, pues, lo mejor de este encuentro tan italiano? Reafirma a los democristianos de izquierdas en la laicidad del Estado en un país donde la omnipresencia de la Iglesia en la vida

política sólo es imaginable para quien vive allí. Prodi y la ministra Bindy, por ejemplo, no han rehuído el conflicto con el ultraconservador Ruini, presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, a la hora de defender la ley de parejas de hecho. Al mismo tiempo, contribuye a que la izquierda laica reconozca sin ambages el papel posi-

tivo, para el progresismo político, del cristianismo socialmente comprometido. En otras palabras, el PD debe contribuir a evidenciar que, cuando Berlusconi afirma, como hizo en la manifestación del Family Day, que “ser de izquierdas y cristiano es una contradicción”, hace el ridículo más clamoroso y una demostración de indignidad intelectual. El PD tiene que servir para no dejar el monopolio del cristianismo público en manos de la derecha, lo cual en Italia no es poco.

En el debe del nuevo PD, sin duda hay que anotar el hecho de que Italia se queda sin un partido mayoritario explícitamente socialista, o explícitamente de izquierdas —por mucho que sus dirigentes explican una y otra vez que en este nuevo partido deben caber todas las izquierdas. Se define el PD como partido reformista, como partido comprometido con la construcción de la Europa política, como partido amplio donde todos caben: aquellos que se reconocen socialistas y aquellos que no, desde el centro hasta la izquierda. Pero el PD deja sin *partner* italiano al Partido Socialista Europeo —si bien los líderes del PD afirman que aunque no estarán en el PSE, sí estarán con el PSE.

Esta apuesta, lógicamente, ha dejado descontentos a una parte importante de la DS que no ve con buenos ojos la difuminación ideológica —de la identidad de izquierdas— que esta operación implica. Y menos en un momento en que las transformaciones tecnológicas y económicas del nuevo capitalismo están intensificando las desigualdades sociales. De tal modo que un 25 por ciento de los delegados de la DS han optado por desmarcarse del proceso e impulsar un nuevo partido socialista, formado por antiguos PCI y por algunos referentes del viejo socialismo italiano.

¿Tiene sentido el proyecto del PD para Europa? ¿Y aquí? Nuestra respuesta en el artículo del mes que viene. □

TONI COMÍN

Diputado del Parlament de Catalunya



Massimo d'Alema visto por Sciammabelh